

EL TRAUMA.

(Pasajes extraídos del Capítulo II del libro de Teresa Pinheiro, “Ferenczi: del grito a la palabra” Rio de Janeiro, Jorge Zahar Ed. 1995).

El lenguaje de la pasión y el lenguaje de la ternura La Desmentida y el Clivaje Traumático La Conmoción psíquica y la Alucinación Negativa

(...) La marca registrada de la teoría del trauma ferencziano, así como su originalidad es atribuir a la desmentida toda la responsabilidad del trauma. La desmentida es aquello que impide el curso del proceso de introyección, concepto postulado por Ferenczi en 1909 y que según él, es lo único que la libido sabe hacer. (Ferenczi, S., “Transferencia e Introyección”, en Psicoanálisis I).

El niño solo puede tener una palabra propia cuando es intermediado por el adulto. En un primer tiempo éste pide prestada las palabras al adulto y simultáneamente es a éste a quien dirigirá su palabra para obtener una confirmación. Este vaivén es condición indispensable para que el niño conquiste su propia palabra. Es por lo tanto por intermedio del adulto (soporte de la introyección) que el habla del niño puede o no tener su existencia autorizada.

Es fácil comprender que para Ferenczi el problema debe ser visto a través del adulto, del interlocutor del niño, y no a través de este último. Según él, se debe analizar el problema por el lado del adulto para comprender el origen del trauma.

El acontecimiento del trauma debe ser relatado por el niño antes de ser desmentido. El no comprende muy bien lo ocurrido, porque no tiene la percepción de aquello que pasó. En el ejemplo dado por Ferenczi, el adulto va a oír el relato del niño como si se tratara de una ficción y no de un evento real.

Si todo sugiere que Ferenczi acierta al afirmar que la desmentida es el factor esencialmente traumático y desestructurante, pareciera, sin embargo, que él se pierde en el intento de justificarlo. La confusión que eso crea empieza con su enfoque, que coloca de un lado la verdad y de otro la mentira, uniéndolos respectivamente al hecho real y a la fabulación.

De este modo, si prestamos atención, encontraremos en varios textos de Ferenczi, situados en posiciones expuestas y ajustadas, de un lado el hecho real y la verdad, y, del otro, la mentira y la fabulación. Así, el hecho real sería a la verdad, como la fabulación a la mentira. Al separar los dos bloques con connotaciones diferentes y de forma maniqueísta, tendremos la facción del bien y la facción del mal. De ese modo es imposible dar un paso al frente. El tiro parece haber salido por la culata.

Para Ferenczi es necesario que el hecho sea real para que la desmentida tenga fuerza de Verwerfung (negativa de registro). Sin embargo, sabemos, y Ferenczi también, que la cuestión de la realidad se pierde o tiene un valor muy relativo cuando trabajamos con la psiquis. Lo que importa es la realidad psíquica. El registro psíquico está hecho tanto de eventos reales como de fantasmas; los dos tendrán el mismo valor psíquico. Este fue, sin duda, el salto dado por Freud cuando abandonó la etiología de la histeria fundamentada en el evento traumático -una seducción- efectivamente ocurrida en la infancia. Si no importa que el hecho sea real o fantaseado ¿cómo pueda la desmentida mantenerse de pie como el factor esencialmente traumático?.

Veamos ahora el tema de la verdad y la mentira, también muchas veces ligadas, en lo ferencziano a la sinceridad y la hipocresía.

Al colocar a la verdad y la mentira como diametralmente opuestas y sin posibilidad de encuentro entre sí, Ferenczi incurre en el mismo síndrome que parecer haber afectado al adulto que desmiente, pues él apunta

hacia la univocidad de enunciados, es decir, hacia la ausencia de polisemia entre ellos. Ninguna verdad puede ser eterna y no convertirse en mentira en un momento dado o dentro de cierto contexto. Por más que se pretenda una verdad absoluta y unívoca, ese intento estará siempre predestinado al fracaso, porque las palabras que componen el enunciado se volverán necesariamente ambiguas y con múltiples sentidos. La honestidad, por lo tanto, no es nada más que la aceptación de la polisemia y la imposibilidad del unívoco, y la hipocresía implicaría la negación de eso.

Dicho de otra forma, poco importa si el hecho es real o no. Ya la relación entre la verdad y la mentira nos lleva, obligatoriamente a preguntarnos desde que lugar habla el adulto que desmiente al niño.

Podíamos concluir que la historia contada por el niño al adulto es traumática antes que nada para el adulto quien, incapaz de asimilarla, la relega al plano de la mentira. Se opone así de forma radical, por un lado el hecho real y la verdad, y de otro la mentira y la fabulación; el adulto roba el habla del niño, el sentido ambiguo de las palabras, su polisemia, encerrándolas en lo unívoco. Solo le queda al niño, engullir esta palabra de sentido unívoco y carente de ambigüedad. Palabras cristalizadas, radicalmente prohibidas de ser pronunciadas y, por lo tanto, de circular libremente (...).

Lo que ocurre en el trauma es que el adulto prohíbe al niño no solo las palabras, sino también la posibilidad de la ambigüedad, de los sentidos múltiples. Son palabras destinadas a permanecer clausuradas, sin polisemia, volviéndose representaciones prohibidas de fantasmaticación, y para retomar la expresión escogida por N. Abraham y M. Torok, ser de alguna manera, “Palabras enterradas vivas.” (...).

Frente a la desmentida el niño estará perplejo. ¿Será el adulto o será él quien no merece confianza? El niño procesa esto rápidamente, “incorporando” el sentimiento de culpa del agresor, clivándose, culpable e inocente al mismo tiempo. Es más seguro aceptar el sentimiento de culpa que dejar caer al objeto de introyección. Podemos percibir bien que perder el objeto en ese momento equivale al riesgo del aniquilamiento, de la atomización psíquica.

Lo que el niño vislumbra es el riesgo de la muerte física y psíquica. Lo que queda entonces es garantizar la permanencia del objeto a cualquier precio. El niño encuentra la solución al transplantar el sentimiento de culpa del agresor a sí mismo, soportar la injusticia de la desmentida y con eso recuperar el estado de ternura anterior al trauma. Para los traumatizados de Ferenczi, sería importante, evidentemente, cuestiones como la confianza, la justicia, y las nociones de verdad y mentira.

(...) En la literatura psicoanalítica, sobretodo la de sus pioneros, encontraremos el término clivaje para designar escisiones en el aparato psíquico. Los modelos, funciones y naturaleza de los clivajes pueden ser bastante variados (es decir obedecen a diversas metapsicologías). El único punto en común parece ser el hecho de que ocurre una división. Así, ella puede designar separaciones entre los sistemas ICS y PCS/CS, o también entre las instancias del aparato del Yo a medida que éste se desarrolla, por ejemplo. O puede incluso designar una separación del propio Yo, como es en el caso de la melancolía, en el cual la identificación con el objeto perdido es resultado de una escisión o clivaje. Los ejemplos no tienen nada en común en sus descripciones metapsicológicas.

El clivaje del trauma, fruto de la desmentida, estaría más cercano a la descripción metapsicológica de la melancolía. Mas si, sin embargo, recorremos el trabajo de Ferenczi, verificaremos que el clivaje es inicialmente utilizado para designar una metapsicología de la estructuración del aparato yoico (Ferenczi, S., “Thalassa. Ensayo sobre una teoría de la genitalidad”). Está por tanto directamente vinculado con el trauma estructurante. Solo más tarde aparecerá ligado a la noción de identificación con el agresor. Y solo en este caso. Como ya vimos será un trauma desestructurante.

Como lo que nos interesa aquí es el trauma ferencziano desestructurante, estamos por lo tanto delante de un clivaje del Yo. La descripción ferencziana de la identificación con el agresor propone una imagen de una invasión en el Yo del niño. El agresor usurpa el espacio yoico y toma posesión de este lugar como si asumiese el discurso del niño u ocupase su espacio psíquico.

La pasión toma la palabra y se separa de la ternura, sin que sin ningún contacto entre ellas sea posible, como si una desconociese la existencia de la otra. Ambas se pretenden representantes legítimas del Yo infantil y, como tal se autoreconocen. De este modo, el agresor en los textos de Ferenczi es el poseedor del Yo, ignorando éste su verdadero dueño. El clivaje en este caso, consiste en una separación en dos partes que

no mantienen contacto entre sí.

El texto de Freud de 1938, “El clivaje del Yo en el proceso de defensa”, describe la misma formulación de Ferenczi. En ambos autores, el hecho real invade la escena psíquica, obligando una escisión total. El clivaje, consecuencia de la separación en instancia, presupone una dinámica entre ellas, una función diferente para cada una, de forma que el intercambio - el contacto entre ellas- sea no sólo necesario, sino continuo.

En el caso de la escisión provocada por la identificación con el agresor, nada de eso es posible.

Consideremos este tema a través de la identificación melancólica. En este caso, el objeto de la identificación parece tener una función superyoica. Si transponemos esta presuposición para el trauma desestructurante, sería como si el niño hubiese precozmente, y a presión, forjado una aparición del aparato yoico, pero las incomunicaciones entre el objeto de identificación y el yo incipiente del niño descalifica totalmente, la función superyoica pretendida por el objeto de identificación. Si el objetivo era ese, ciertamente fracasó. El tono dictatorial, la voz del victimario usurpador del Yo infantil, o del objeto perdido del melancólico, parece ser como el discurso del superyo.

En el sentido vulgar del termino, o de lo que Freud llamó el “superyo cruel.”

<http://www.geocities.com/HotSprings/Villa/3170/otrauma.htm>

Instituto de Desarrollo Psicológico. INDEPSI. LTDA.

ALSF-CHILE